

NADA SUCIO

El primer caso de la
detective Sonia Ruiz

**Lorenzo Silva
y Noemí Trujillo**



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

© Lorenzo Silva y Noemí Trujillo, 2016
© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2016

Ilustraciones: MIGUEL NAVIA
Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-40-7
Dep. Legal: P-327/2016

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4-1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Además, eres limpio. No eres un grasiento,
Frank. ¿Tienes idea de lo que eso significa?

JAMES M. CAIN,
El cartero siempre llama dos veces

Me gustaría irme de aquí tan limpio como
llegué.

RAYMOND CHANDLER,
Los chantajistas no matan

Para Raymond T. Chandler, Charles
Bukowski y Robe Iniesta, poetas



Sonia volvía de un aburridísimo curso de gestión de nóminas cuando encontró la nota: «Me marcho, Sonia, te lo puedes quedar todo: la casa, el coche, los peces. Estás insoportable desde que has dejado de fumar». Sonia, con la nota en la mano, miró el enorme acuario: nunca le habían gustado los puñeteros peces. Y ahora ella tenía que cuidar del pez diablo azul de Kevin, del pez globo con cara de perro, del pez cirujano. Cojonudo. Para colmo de males, le habían cortado la línea de teléfono por impago. Había tenido un problema con el consumo de datos. Adiós, WhatsApp. Se quedaba *offline*. Fuera del mundo. Sin teléfono, hoy día, estás muerto. Recordó la canción de Robe Iniesta, *Locura transitoria*: «Se mete en mi cabeza / se enciende dentro / un puto rayo que no cesa». Sonia pensó en lo fácil que es descen- trarse, a veces.

Entonces lo decidió. Ya no tenía nada que perder. Con la marcha de Kevin ya lo había perdido todo. Llevaba años buscando trabajo, sin éxito. Había echado mil ochenta y cuatro currículum, sabía la cifra exacta porque los había contado, para trabajar como auxiliar adminis-

trativa por menos (cada vez menos) de mil euros en la recepción de hoteles, despachos de abogados, fábricas, almacenes, tiendas de ropa y todo tipo de empresas. Y nada. Al país le sobraban administrativos. Desde que perdiera su trabajo en la antigua Caja de Ahorros de Madrid, renombrada, quebrada e intervenida casi en el mismo acto, no había conseguido recolocarse. Y de eso hacía ya cuatro años.

Había conseguido algún trabajo esporádico, nada del otro mundo, que no le había servido para mucho. El mejor, como asistente personal del detective privado Méndez. Fue el más divertido y le hizo darse cuenta de lo fácil que es, a veces, resolver los problemas de otros. Pero a Méndez, que era buen tipo en general, le gustaba contratar a becarias guapas, con buenas piernas, y nadie duraba en su despacho más de dos meses. Así que ella, Sonia Ruiz, tampoco lo había hecho.

Dos meses de contrato por obra y fuera, otra chica con buena predisposición ocuparía su mesa barata de Ikea, le prepararía el café a Méndez y sería testigo de todos los chismes de su extraño trabajo. Una verdadera lástima. A Sonia le había gustado trabajar con Méndez; mientras lo hacía se dio cuenta de que tenía más aptitudes de las que creía, y hasta le había ayudado a resolver, con éxito, varios casos.

La mayoría de los casos que había conocido en el despacho de Méndez habían sido investigaciones sobre

infidelidades. Un hombre o una mujer preocupados acudían al despacho del detective para saber si su esposa o su marido le era infiel; Méndez los seguía y, a veces, pedía a Sonia que lo acompañara. Casi siempre eran culpables.

Él solía decirle que no le gustaba hacer «el trabajo de campo» solo y que ella le caía bien porque le recordaba a la detective Sonya Cross, miembro del departamento de policía de El Paso en la serie de televisión *The Bridge*. Por recomendación de Méndez, que le prestó los DVD originales, Sonia vio las dos temporadas de esa serie, con Kevin, y ambos bromeaban sobre la curiosa coincidencia de que ella también se llamara Sonia y que, además, llevara como apellido el mismo que el compañero accidental de Sonya Cross, el detective Marco Ruiz, investigador de homicidios de la policía estatal de Chihuahua.

Pero aunque Sonia le caía bien a Méndez y él le caía bien a Sonia, la cosa no duró porque no podía durar. Méndez era un tipo listo, buen conocedor de la ley de la oferta y la demanda, y no podía pagarle mucho tiempo un sueldo a Sonia, sabiendo que tenía a mucha gente dispuesta a hacer su trabajo gratis, tan solo por ampliar currículum.

Sonia estaba casi sin dinero, Kevin siempre fue un manirroto y de pronto recaían sobre ella más cargas de las que podía afrontar. La hipoteca de su piso de Getafe,

la comunidad, la luz, el coche, los peces, vivir. ¡Es tan horriblemente caro vivir! Kevin se había marchado y Sonia sabía que no volvería. Había ocurrido lo que más temía desde la muerte de su padre: se había quedado sola. Sufría una ansiedad terrible desde que había dejado de fumar. Se pasaba el día comiendo pistachos y había engordado nueve kilos. Se veía al borde del abismo.

Y ahora, encima, las noches sola. ¡Es tan duro dormir sola! Sola y sin un jodido euro. Sola para todo. Sola con sus canciones de Robe. Solo le quedaban las letras de Extremoduro y la enfermedad de su madre. «No sé qué haría sin ti, hija», solía decirle ella, y a Sonia, claro, se le partía el corazón al escucharlo. Esas eran exactamente sus palabras, todos los días y todas las noches, «No sé qué haría sin ti, hija». Lo decía siempre que ella le daba dinero, que era con cierta frecuencia.

Así que no dudaría en hacer lo que tuviera que hacer: si era necesario, no le importaba, incluso, vivir al margen de la ley. Ya que no encontraba trabajo, se inventaría uno, ella siempre había sido una chica lista, eso le decía su padre, «chica lista», y ella lo había demostrado. La primera de su promoción, siempre la número uno, y ahora, a sus treinta y tres años, no le servían para nada todas sus matrículas de honor. Mierda de matrículas de honor. Toda la vida estudiando para nada. Una carrera de Filología y dos másteres. Y sin curro porque no había trabajado fuera, si no trabajas en el extranjero

un par de años no te quieren en ningún sitio porque presumen que tu nivel de inglés es patético. Y el nivel de inglés de Sonia era, efectivamente, patético.

La marcha de Kevin lo precipitaba todo. Estaba sola con una hipoteca descomunal. Ya podría haber sido igual de descomunal el piso sobre el que recaía, se dijo, con amargura, pero para su desgracia Sonia se había embarcado en su compra en la cima de la burbuja inmobiliaria, cuando el metro cuadrado de extrarradio valía casi lo que el kilo de oro, alentada por el espejismo de un trabajo que parecía estable en la Caja de Ahorros y que acabó en un ERE porque su despido era de los más baratos. Pese a todo, de alguna manera tendría que pagarla. Así que Sonia se decidió. Iba a hacerlo. No tenía nada que perder porque ya lo había perdido todo. Su madre estaba enferma, muy enferma, y era un auténtico lío cuidar de ella. Se le iba la cabeza. Se quería mudar sin parar. Un traslado tras otro, así había sido su vida desde que murió su padre: su madre no soportaba vivir más de dos meses en la misma casa. Había empeorado todo con su madre y ella era su única hija: tenía que atenderla. Ser hijo es una responsabilidad, también.

Sonia solo necesitaba una oportunidad, era todo lo que le pedía al mundo, pero el mundo no parecía querer dársela. De modo que se la buscaría ella por su cuenta. Así son las cosas. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Eso solía decir siempre su

difunto padre: que en esta vida solo tienes aquello por lo que peleas.

Invitó a su vecino, Pau, a cenar esa noche. La madre de Pau, Cristina, era una comercial de telefonía móvil que vivía de congreso en congreso. Pau era un muchacho de veinte años, que tenía tatuados brazos y piernas, que no aprobaba una asignatura de la carrera ni por casualidad, y que era un negado para casi todo lo que no fuera la informática. Se llamaba así, Pau, en catalán, porque su madre había nacido en Barcelona y aparte del guiño sentimental a sus orígenes, le gustaba más Pau que Pablo, decía, porque era más corto y le iba a ahorrar mucho tiempo de papeleo en la vida. «¿Tú sabes cuántas veces escribimos nuestro nombre desde que aprendemos a escribirlo hasta que ya no podemos hacerlo?», decía Cristina, y añadía, con ese tono de seguridad que era la clave de su éxito y denotaba que lo tenía todo más que calculado: «Escribir tres en lugar de cinco letras es un ahorro impresionante».

Pau había incendiado dos veces la cocina de Cristina y, por ese motivo, cuando Cristina se marchaba de viaje varios días, a uno de esos congresos a los que acudía para vender esas nuevas aplicaciones de telefonía que nos cambiarán la vida y erradicarán de ella el esfuerzo y la infelicidad, Pau se quedaba con Sonia y ella le hacía de canguro, a cambio de unos cuantos euros. Se entendían bien los dos. Lo conocía, a Pau, desde hacía quince

años, cuando vivía de alquiler con su familia en el mismo bloque del barrio de las Margaritas en el que por entonces vivía Sonia con su familia. Desde entonces lo había cuidado, y cuando quiso comprarse un piso Sonia lo acabó buscando en el mismo bloque nuevo del cercano barrio de Getafe Norte en el que había comprado el suyo la madre de Pau. Así era como continuaban siendo vecinos.

El día en el que Kevin se marchó de casa, Sonia decidió que comenzaría una nueva etapa de su vida, haciendo algo que nunca había sospechado que llegaría a hacer. No podía anunciarse de forma legal, porque ella no era detective privado ni había estudiado para serlo, y además no pensaba pagar impuestos. Estaba mal, ya lo sabía, pero sobrevivir está por encima de la ética. Hay lealtad en la ilegalidad, también, por raro que parezca. *Buitre no come alpiste*, que diría Robe.

Necesitaba hasta el último euro que pudiera ganar para la hipoteca de su piso en Getafe. Ahora maldecía el momento en el que había deseado comprar una casa con Kevin, pensando que el amor era algo para toda la vida. Seguro que si su padre viviera, le diría que nada es para toda la vida y que por qué se había liado con alguien que se llamaba Kevin, pero su padre no vivía. Y Sonia le echaba de menos. Su madre no le diría nada, porque su madre había regresado a la infancia, hablaba sin parar de la primera casa que tuvieron en Parla, de

donde hacía más de veinte años que se habían ido, del colegio donde estudió Sonia, de las amigas del barrio, de la madre de Antoñita, de por qué a Sonia no la invitaban nunca a los cumpleaños de sus amigas del instituto. Eso era su madre: una mente enferma anclada en el pasado.

Aquella noche fue cuando comenzó todo, mientras Pau comía macarrones y veía un episodio de *Bob Esponja* en la televisión del comedor de su casa. Sonia nunca entendió cómo a Pau podía gustarle el manga (era muy fan de la serie *Tokyo Ghoul*) y, a la vez, *Bob Esponja*. Parecía dejarle narcotizado, como si fuera un niño de seis años.

Sonia, mientras el pez payaso campaba a sus anchas por su anémona, le preguntó a Pau cómo anunciarse «en el lado oscuro de la red», allí donde no queda rastro de quién eres y donde se mueven los que tienen algo que ocultar. Lo preguntó muy seria, como si tuviera la determinación y el valor necesarios para moverse en ese entorno tenebroso, por donde campaban los seres más torvos y desalmados.

Pau la miró con ternura. No siempre estaba de acuerdo con todo lo que hacía Sonia, pero la apoyaba, no sabía negarle nada. Aquello de ser detective privado le pareció una locura, pero, al fin y al cabo, qué es la vida sino una locura permanente. Sin responderle, sacó su teléfono del bolsillo e hizo algo que sabía que relajaría

a Sonia: buscó la canción *Caballero andante, no me dejéis así*, de Extremoduro, y escucharon los dos en silencio a Robe decir eso de: «Salgo de cero, lo primero el frío y el calor, luego me dejo llevar...». Los dos, al final, se iban a dejar llevar por aquella aventura disparatada y, como tantas otras cosas antes, lo iban a hacer juntos porque se fiaban el uno del otro.

Pau, por supuesto, encontró la solución que Sonia buscaba. Los ordenadores siempre se le habían dado bien, mucho mejor que cualquier otra cosa. Cuando el anuncio estuvo puesto, con el texto enigmático que le había dictado, Sonia apoyó su cabeza en el hombro de Pau. Estaba convencida de que el primer caso no tardaría en llegar.

—¿Vas a venir conmigo a Roma o no, Sonia? —le preguntó su amiga Esther mientras se estiraba en el sofá del comedor.

—No lo sé, depende —contestó Sonia, algo apática.

—¿De qué? —le preguntó su amiga, abriendo mucho los ojos.

—De si consigo que me paguen un trabajo que estoy haciendo.

Esther miró a Sonia con desconfianza antes de decirle:

—¿En serio? ¿Sigues con ese juegucito de hacerte pasar por detective privado? —le espetó.

—No es ningún juegucito, Esther, tengo una clienta, lo creas o no. Tardó dos días en responder al anuncio que me puso Pau en una web clandestina. Es de Madrid y trabaja en Leganés.

—¡Ja! —Esther no se tomaba a su amiga en serio.

—De verdad. Es cajera de un supermercado. Su jefe la acosa. Está tan desesperada que pidió a un amigo informático que buscara a alguien que pudiera solucionarle el problema, de forma discreta, por las buenas o por las malas. Y así fue como dio con mi anuncio.

—¿Y qué demonios pusiste en el anuncio?

Sonia se encogió de hombros.

—Bueno, le copié algo el eslogan al señor Lobo, el de *Pulp Fiction*. «Investigaciones SR. Soluciono problemas. Cualquier problema.»

—Vaya, me creo que por despiste respondiera al anuncio —dijo Esther, con expresión escéptica—. Pero ¿ya sabe que detrás de Investigaciones SR se esconde una treintañera abandonada y en paro sin la más mínima cualificación profesional para «solucionar problemas»?

Sonia meneó la cabeza.

—Sabe que soy una treintañera, porque me ha visto. Pero creo que logré inspirarle confianza. Más confianza, me parece, que si hubiera sido un cabeza rapada con esvásticas tatuadas en los antebrazos.

—¿De verdad crees que tú puedes ayudarla?

—Tengo que conseguir que ese cerdo la deje en paz. Me da pena la chica —confesó Sonia—. Su jefe es un depredador, un *ghoul*. No sé si sabes lo que es eso, viene de una famosa serie de manga...

—Y dale con el manga. ¿Es que solo leéis eso? Qué mal futuro tienen los libros. La novela gráfica se va a acabar comiendo el mercado. Ya nadie lee, con lo que me relaja a mí leer. ¿Y por qué no va a la poli tu clienta, si se puede saber? —preguntó Esther, ingenuamente.

—Porque no puede —dijo Sonia con aire misterioso y, después, se defendió—: Que conste que yo sigo leyendo, sabihonda.

—¿Qué clase de persona no puede ir a la policía, Sonia? —dijo Esther—. Y solo lees a Foenkinos, parece que te has enamorado de él.

—Quizá sí, es mi amor platónico. No puede ir a la policía alguien que no quiera que se conozcan sus secretos.

Esther volvió a mirar a su amiga. Estaba irreconocible, pero tuvo que admitir que le gustaba más ahora. Sin ese aire llorón de «no encuentro curro, me voy a suicidar, no me queda un euro en el banco».

—¿Y qué clase de secretos son esos, Sonia? Debes tener cuidado con dónde te metes, tú no eres del oficio —dijo Esther en tono maternal, intentando hacerle reflexionar.

—He trabajado con un detective privado —se defendió Sonia.

—Casi gratis. Dos meses. Y eso no te convierte a ti en uno —dijo Esther, cargada de razón—. Ni siquiera lees novela negra...

—Se trata de alejar a un moscón, eso sabemos hacerlo todas las mujeres. Aunque no leamos novelas negras... Y algo leo...

—¿Y por qué tu cajera no sabe? Tú solo has leído los cuentos de Raymond Chandler. Y porque te los dejé yo.

—Algo es algo... Mi chica no puede ir a la poli porque es una víctima, Esther. Teme perder su trabajo. Tiene dos hijos que mantener. Si yo estoy hecha una mierda porque no tengo curro, imagínate a alguien que tiene

sobre sus hombros la responsabilidad de unos hijos. Una responsabilidad que es para toda la vida —siguió explicando Sonia—. Es normal que tenga miedo. No sabe cómo librarse del acoso.

—Sigo sin verlo. ¿Por qué no va a la policía? —insistió Esther.

Ahora fue Sonia quien miró a su amiga. No sabía si contárselo o no. En cierto modo, si se lo decía, sentía que le fallaba a su clienta y, si no se lo decía, traicionaba la amistad y la confianza que Esther y ella se tenían. Era un pequeño dilema. Pero Sonia era una mujer decidida, con un carácter muy pasional, y por encima de todo sabía que Esther era de confianza. Un poco pardilla, un poco sosaina, un poco infantil a veces para su edad, pero de absoluta confianza.

—No puede ir a la policía porque ella, la primera vez, consintió —dijo Sonia en tono solemne—. No quiere que su marido se entere. Se siente avergonzada por ello. Sabe que su secreto está a salvo conmigo.

Esther no entendía y Sonia se vio obligada a especificar más.

—La primera vez, mi clienta cedió al acoso y le hizo una felación a su jefe. Ahora él no la deja en paz y la acosa de forma permanente, intentando volver a tener relaciones con ella.

La cara de Esther era un poema. Finalmente, dijo:
—¿Y qué es lo que piensas hacer tú para resolverlo,

Sonia? ¿Y cómo? —siguió preguntando Esther, completamente absorbida por aquella situación que parecía tan normal ahora y, días atrás, hubiera sido algo anómalo e inconcebible en sus vidas. «¿Puede alguien convertirse en detective privado de la noche a la mañana?», se preguntó Esther, sin ánimo de conseguir ninguna respuesta. Ya sabía que, efectivamente, de la noche a la mañana alguien como Sonia podía convertirse en cualquier cosa. La conocía bien. Habían sido amigas desde el instituto. Si Sonia había podido superar la muerte de su padre, en las dramáticas condiciones en que ocurrió, podría superar cualquier cosa. Y la enfermedad de su madre tampoco estaba siendo un reto fácil. Eso era lo que pensaba Esther de su amiga: que estaba hecha de titanio. Era la mujer más fuerte del mundo: nada, nunca, la había tumbado.

—He pensado en varias cosas. Hacer que despidan al jefe, que le trasladen o hablar con él.

—¿Hablar con él? —Se extrañó Esther.

—Todo el mundo tiene algo oscuro en su vida, querida Esther, solo tengo que encontrar el lado oscuro del jefe del supermercado. Algún pecado tendrá.

—Yo no tengo ningún lado oscuro —sentenció Esther.

—Pues serás la única —dijo Sonia mientras tomaba un sorbo de Coca-Cola—. *Nadie es del todo bueno.*

Sonia era adicta al café cargado, a la Coca-Cola Zero y a las emociones fuertes. Últimamente, también a los pistachos. Había sustituido el tabaco por los pistachos. Era un comienzo. Sabía que todo iría bien. Ella era una chica lista y, allí donde no llegaban sus recursos, estaba Pau, con aquella facilidad innata suya para conseguir cualquier clase de información. Siempre está bien tener socios de confianza.

Sonia iba a resolver este caso, su primer caso, el caso del supermercado, por orgullo, por soberbia, porque era muy atrevida, porque quería hacerlo y porque quería irse con Esther a Roma y perder de vista unos días a los estúpidos peces. Hacía demasiado tiempo que no tenía vacaciones. Años, ya. Y Sonia estaba cansada de formar parte del lado de los perdedores. Y ese tipo, Jesús, era un capullo. Tenía nombre de Mesías, pero era un cretino. Y a Sonia no le caían bien los idiotas ni los aprovechados ni los que van de listos. Aquel tipo, Jesús, era un imbécil de talla mayor. Y alguien tenía que pararle los pies. Y ella, de eso, sabía un rato. Tenía una talla cien de sujetador. Se había pasado la vida parándoles los pies a capullos integrales. Sabía cómo se hacía. Quizá otra cosa no, pero a eso, modestamente, no la ganaba nadie.